



Tirso de Molina

# **Certamen poético**

2003 - Reservados todos los derechos

Permitido el uso sin fines comerciales

**Tirso de Molina**

## **Certamen poético**

Devotos y regocijados dejó la metáfora ingeniosa a los más de los presentes y, celebrándola el agradecimiento, no poco los deleitó la notable similitud de los que representaron a los dos hermanos, pues, fuera de la uniformidad de los vestidos, en la edad los tales y casi las facciones los buscaron de suerte parecidos, que no hicieron falta los dos Valencianos, sus primeros recitantes, cuya semejanza tantas veces tuvo confusa a la atención misma. Para dar, pues, don Francisco la última sazón a su fiesta, salió con otro de su edad y despejo, y asentándose a los extremos del tablado, dijo el primero:

-Mi antecesor redujo los entremeses (que en la ley del uso y no de la consecuencia, debían seguirse a los coloquios), a versos entretenidos y espirituales. La veneración, pues, que merece cualquiera inventor de entretenimientos lícitos, me obliga a que le imite, si no en todo, en la mayor parte de su elección discreta.

Leyónos algunos poemas del certamen que a los dos últimos héroes de la Fe consagró la emperatriz de España, Toledo, y yo, siguiéndole en esto, proseguiré su estilo, con otros que en la ciudad Primada de

América (primogénito albergue del bautismo; primero desahogo a las perdidas esperanzas de su ginovés descubridor y primera causa a los laureles inmortales, nunca dignamente ponderados de sus conquistadores), dedicó a la prodigiosa imagen de la universal restauradora de los hombres, que en la isla Española, en la ciudad de Santo Domingo y en el monasterio de los Redentores, alumnos del ínclito patriarca san Pedro Nolasco, sin saberse de dónde, ni cuándo, vino a patrocinar todo aquel nuevo mundo. Sábese, empero, que estaba sin la veneración debida a lo que representa, en la sacristía del convento referido, dedicada sólo para las procesiones extravagantes y, en particular, para la del Viernes Santo, que en su templo, con lastimosas ceremonias y ternura, celebra la Congregación del Entierro de Christo, representando, con la propiedad posible, desde su decendimiento, hasta su depósito, los pasos más provocativos a lágrimas y reconocimientos.

Es de suyo el milagroso simulacro por extremo bellísimo, pero desde el instante que, para el efecto dicho, la vestían los lutos de su viudez, las tocas de su desamparo, de modo se amortiguaba el semblante que, pálidas las mejillas, sangrientos los ojos, cárdenos los labios y poblado el virgíneo rostro de congojosas perlas, sacaba de los pechos más rebeldes inundaciones compasivas. Durábale esta demostración lastimosa, desde el viernes hasta el domingo por la mañana, sin que los que cuidaban del adorno con que salía a recibir resucitado al Fénix infinito, en la plaza del susodicho monasterio

(cuyo festejo estaba también a cargo de la Hermandad misma) al vestirla galas y joyas de valor augusto, se hallase mudanza en su semblante lastimoso, ni señal alguna de alegría. Cubríanla, como es costumbre, con un manto triste y funesto, que negaba el adorno regocijado a los presentes; llevábanla, de este modo, hasta que a la vista el vitorioso simulacro de su unigénito, cercado de luces y gratulado de varios instrumentos, despojándola de improviso el fúnebre velo, bizarra y gozosa, se acercaba a darle parabienes, o por mejor decir, a recibirlos, y entonces, como si verdaderamente se infundiera el alma en la imagen que en su original mereció el primero solio entre los cortesanos del Imperio, risueños los ojos, derramando claveles las mejillas y en su virgínea cara toda la belleza que la más eficaz contemplación considera en los querubes, llegaba con sumisiones de esclava a recibir aplausos de madre. Pasmaba la admiración de los que media hora antes la advirtieron cifra dolorosa de la tristeza y llanto, pareciéndoles que, aunque estuviera animada, se imposibilitara un cuerpo vivo a tan repentinas muestras, ya de pena, ya de júbilo.

Dudó el escrúpulo, para mayor crédito de sus religiosos y más evidencia desta maravilla. Depositóse la imagen en el oratorio del Arzobispo Primado, llamáronse pintores y estatuarios; convocáronse filósofos y médicos, y examinando a unos y a otros, contra el engaño al artificio, salió vitoriosa la sencillez y corrida la indevoción.

Un año fue huésped del pontífice sobredicho, tívola en su casa con devoción y vigilancia notable. Llegó la Semana Santa y, enlutándola el viernes en su presencia, sucedió lo mismo que en los pasados; vistiéronla a sus ojos el sábado en la noche de regocijo, y dejándola tan desproporcionada su congoja con sus galas, como el cadáver pálido con la festiva púrpura; madrugó el domingo, en que volvieron a experimentar curiosos, antes que saliese a la procesión alegre, la mortal melancolía de su milagroso semblante. Pero, apenas desvanecieron los rayos del primer lucero las tinieblas de la noche, cuando al festivo encuentro, el Hijo todo sol, toda aurora la Madre, bañada de prodigiosa risa su hermosura, deleitó asombrando la infinidad devota que, con aclamaciones, lágrimas y alabanzas, encendieron tibiezas y avergonzaron temeridades, quedando desde entonces triunfadora la verdad y la autora de ella con veneración debida.

No son los milagros de esta celestial efigie tan a puerta cerrada como otros; toda una ciudad, y no como quiera populosa, atestiguó el referido; toda también se halló presente a otro, si no mayor, su paralelo. Desde entonces la constituyeron al altar mayor de su monasterio; allí la asistían días y noches menesterosos, ya en el cuerpo, ya en el espíritu, saliendo los más mejor despachados que los pretendientes de los príncipes. Un terremoto, ordinaria y peligrosa invasión de aquellas partes, duró cuarenta días continuos; no hubo en aquella población edificio que, en parte o en todo, no se

arruinase; acogieronse los más de sus habitantes a este asilo; en su templo dormían apiñados las noches, en las horas que la devoción y el sueño dispensaban con su cansancio; más de un mes se avecindó en su iglesia toda o la mayor parte de su gente, y en todo él, sin cesar un instante, advirtieron que la socorrida imagen abría y cerraba los piadosos ojos, mudando de suerte la color al semblante que, pálida en él, a veces se pronosticaba el temblor de tierra que luego sucedía, y a veces, bañadas de gozo sus mejillas soberanas, se daban por seguros del peligroso riesgo. Quedóle desde entonces, como milagro de por vida, el no haber lince tan atento que se atreva a afirmar haberla visto la cara dos momentos de un color mismo. No fueron menos de mil los testigos que juraron, en la información que sus hijos hicieron ante juez competente, todo lo dicho. Y pudiera, a no cansarse el Provisor, recibir en ella la ciudad toda. Agradecida, pues, su Real Cancillería, su eclesiástico cabildo y su noble regimiento, a tan prodigiosa tutela, la juraron de mancomún, por patrona de aquellas islas que llaman de Barlovento, en la principal fiesta con que sus hijos cada año la veneran, que es la de su Natividad alegre. Ejecutóse este devoto reconocimiento, en el de mil y seiscientos y quince, y entre las demostraciones que los tres referidos tribunales hicieron, dignos todos de su generosidad católica, no fue menos célebre el de una justa literaria, que autorizó la solemnidad con el crédito de los ingenios de aquel nuevo

orbe, no inferiores a los que en el nuestro desempeñan desvelos de las Musas, pues éstas también, si no avarientas de sus minas curiosas, a lo menos pasan los mares y se lisonjean con sus metales. Algunos versos, pues, que escogió, entre los muchos del certamen dicho, la devoción y el corto tiempo que nos queda, alternaremos mi colega y yo, cumpliendo, en parte, con la que le toca a la divina Ceres, que produjo la espiga sacrosanta del pan del cielo, que hoy, convidándonos, se opone a las demasías profanas de tanto abuso. Dijo don Francisco, y sacando él y su compañero dos cartapacios, prosiguió de esta suerte:

-Pidióse, en primer lugar, una canción, de cinco estancias y trece versos, que describiese, con levantando estilo, las medras que consiguió el mundo con el dichoso nacimiento de la aurora Virgen, y entre muchas de no mediana estimación, lució la siguiente:

ainBella recién nacida/ain,  
ramo del tronco de Ana,  
Sol, que esta vez nacéis del Occidente,  
sin culpa concebida,  
Aurora en la mañana,  
crepúsculo de luz indeficiente,  
todo el orbe os presente  
dones, con que el contento

celebre vuestro augusto nacimiento;  
acuda la montaña,  
la corte y el aldea;  
porque desde el palacio a la cabaña,  
la luz que os acompaña, el mundo vea.  
El cielo os dé su luna,  
Niña de mi esperanza,  
porque de cuna os sirva en vuestro sueño;  
mas vos no querréis cuna,  
que no hay en vos mudanza,  
pues firmamento sois de vuestro dueño.  
El sol, con vos pequeño,  
os dé para mantillas  
sus rayos y por guardas sus cuchillas;  
pero vistiéndoos de ellos,  
Princesa soberana,  
y eclipsando su luz vuestros cabellos,  
dais nuevo ser y vida a Joaquín y Ana.  
Los planetas y signos,  
os sirvan, Niña mía,  
en aquesta ocasión de dijes de oro,  
y alegres y benignos,  
por faja os den, María,



la zona, del sol cárcel y tesoro;  
el estrellado coro  
os borde de diamantes;  
el alba os dé por tocas sus volantes;  
la Gracia sea vuestra ama,  
a cuyos pechos bellos  
maméis su néctar, pues cual hija os ama,  
y llena os llama, de su Gracia, en ellos.  
Traviesos ruseñores,  
calandrias y jilgueros,  
oropéndolas, pardos y canarios,  
sirviéndoos de cantores,  
con picos lisonjeros,  
porque os durmáis, os canten tonos varios;  
y siéndoos tributarios  
los prados de esmeralda,  
os tejan, Niña mía, una guirnalda  
que triunfe del invierno,  
con olorosos lazos;  
y, en comenzando a andar, armiño tierno,  
os lleve el Padre Eterno de los brazos.  
Cuando queráis, Señora,  
jugar, ofrézcaos Ana  
una manzana colorada y nueva,

en fe que, si Eva llora  
el mal de la manzana,  
vos remediéis, mi bien, el llanto de Eva;  
mas pues la Gracia os lleva  
en su regazo santo,  
¿quién duda que es consuelo en vos el llanto?  
¡Júbilo y alegría,  
pues a nuestros pesares y tormento,  
dio fin el nacimiento de María!

Imitóle el compañero, leyendo otra canción, que fue la  
siguiente:

¡Hermosísima Aurora/¡,  
Luna jamás menguante, siempre llena,  
Sol cuya luz ningún planeta iguala,  
pues todo el mundo en vuestra ausencia llora,  
vengáis mil veces muy en hora buena,  
que ya con vos no puede haberla mala.  
Vuestra belleza y gala

causa a la tierra espanto;  
los rayos son del sol puntas del manto  
que os cubren con luz grata;  
chapines con virillas son de plata  
los de la luna en ellas,  
y vuestro apretador son doce estrellas.  
Con una entera saya  
de carne de doncella habéis salido,  
y siempre ha de quedar la saya entera,  
que, aunque de ella su Alteza escogido haya,  
por ser tal, un jirón para vestido,  
vestirse dél, sin que se rompa, espera;  
jubón de primavera  
sacáis, Princesa hermosa,  
pues sois lirio, clavel, mosqueta y rosa,  
siendo trencillas de oro  
la caridad que en vos, Virgen, adoro,  
y con tales trencillas,  
causáis al cielo y tierra maravillas.  
Con joyas infinitas  
os adornáis, de mil diamantes llenas,  
pues os da el Santo Espíritu sus dones;  
vuestras virtudes son las margaritas,  
que penden (no de sartas y cadenas,

que en vos no hay culpa, ni ha de haber prisiones),  
de cuentas de perdones  
cubrís vuestra persona,  
pues Dios por vuestro medio nos perdona;  
y en vos la Bula veo  
del plenísimo y nuevo jubileo,  
que absuelve a culpa y pena  
con gracias, pues estáis de gracia llena.

Una Paloma blanca  
de vuestro ebúrneo cuello, niña, pende,  
de infinito valor, que es infinita,  
y un Agnus Dei que os hace noble y franca  
del pecho vil, que nuestra sangre ofende,  
que es Agnus Dei que los pecados quita,  
y en fe que solicita  
el Rey, como a su esposa,  
que salgáis, Reina Augusta, más airosa,  
los cielos cristalinos,  
sus ángeles os dan para mininos,  
siendo vuestros arqueros  
las jerarquías para engrandeceros.

Asombro de belleza  
salís a luz, para que el mundo os goce,

pisando vuestros pies al áspid fiero,  
y cuando os ve nuestra naturaleza,  
apenas por su hija os reconoce,  
que es ella nube oscura y vos lucero;  
en vos busca primero,  
aquel lunar o mancha,  
que en el hombre sus límites ensancha,  
con que nos parecemos  
al proto pecador de quien nacemos,  
mas no halla en vos ninguna,  
porque vos, sin lunar, pisáis la luna.  
Si por pena prolija  
suele juzgar el parto que ha pasado,  
la que en vez de varón a una hija pare  
con el parto dichoso de tal hija,  
no cabe de contento el monte y prado,  
ni Joaquín halla albricia en que repare,  
no hay pobre a quien no ampare;  
Ana, de gozo llena,  
remoza su vejez, pierde su pena,  
y el cielo, aunque es setiembre,  
hace que Flora primaveras siembre,  
porque, con alegría,  
la bienvenida demos a María.

-Las dificultades de las glosas castellanas (sin las cuales no se tienen por cumplidos los desafíos de este género) -prosiguió don Francisco-, cuando los pies que construyen salen con lo ingenioso y arduo de ello, sacan más lucido el trabajo de sus autores. No quiso, pues, el presente, defraudarles a los de aquella isla fecunda la ocasión de esta alabanza, y así, les pidió que, celebrando en su asunto el privilegio único de la Inmaculada Concepción de nuestra recién nacida, glosasen la redondilla siguiente, cumpliendo a medida de los deseos de todos, el dueño de ésta:

ainCulpa original, en quien/ain

fue Madre de Dios, sería

riguridad, si María

es digna de tanto bien.

Glosa

El ser quién, sin dependencia,  
es propio de la sustancia,  
que está en la Divina esencia,  
que es única circunstancia,  
ser el quién por excelencia.

Y así, pues cuadra tan bien  
a Dios ser el sumo bien,  
y el pecado es mal, en suma,  
no pondrá ninguna pluma  
culpa original, en quien.

Este quién (que en la pureza  
de María mi esperanza  
hizo clara su limpieza)  
se igualó en una balanza  
a nuestra naturaleza.

La eterna Sabiduría,  
para esto, eligió a María;  
luego esta cándida estrella  
más limpia que el sol (pues ella  
fue Madre de Dios) sería.

Y si hizo el son concertado  
de aquel dúo, en un supuesto,  
que el Verbum caro ha cantado,

no es bien que en ella haya puesto  
disonancia de pecado.  
Conforme esta opinión pía,  
será bárbara herejía,  
el defender que, en pecado,  
Christo, en tiempo, fue engendrado,  
riguridad, si María.  
Sólo harán de su limpieza  
ejecutoria segura  
los dos, pues tienen nobleza:  
por gracia, la Virgen pura,  
Christo por naturaleza.  
Mil parabienes la den,  
pues son hidalgos los dos:  
Él, porque es el sumo bien,  
y ella que, Madre de Dios,  
es digna de tanto bien.

-En segundo lugar se premió -dijo el compañero- la glosa que se  
sigue:



ainCulpa original, en quien/ain  
fue Madre de Dios, sería  
riguridad, si María  
es digna de tanto bien.

### Glosa

Aquel quien, a quien Luzbel  
se atrevió, de quien no hay dos,  
porque no hay igual con él,  
conforme el «Quién como Dios»,  
que dio triunfos a Miguel,  
hizo a su Madre también,  
un quien sin igual, a quién  
nadie igualarse pudiese,  
porque ninguno pusiese  
culpa original en quien  
no tiene ser el pecado;  
y por eso el pecador  
a la nada es comparado,

pues deshizo lo mejor  
que en él Dios había criado.  
Dio el ser humano María  
a Dios, que le engendra y cría;  
luego si el pecado es nada,  
la que siendo preservada  
fue, Madre de Dios sería.  
Fue; luego al darle ese ser  
en el instante primero,  
no pudo ser y no ser;  
luego ese ser verdadero  
sin culpa se vino a hacer.  
Conforme aquesta fe mía,  
yo ser castigo diría  
del hombre, bien merecido,  
si en culpa fue concebido,  
riguridad, si María.  
El que tiene a Dios por Padre,  
de quien hereda aquel ser  
que al Verbo es razón que cuadre,  
¿cómo había de querer  
nacer de villana Madre?  
Nombre de Reina la den

los que su pureza ven,  
que, pues la culpa atropella,  
Dios primero y después ella,  
es digna de tanto bien.

-Dos romances a lo rústico -prosiguió don Francisco-, entre  
muchos, satisficieron el deseo del tercer tema, que fue en alabanza  
de nuestra Emperatriz purísima, el primero de los cuales, dijo así:

ain;Albricias, que ya ha nacido/ain  
la Señora Mariquita,  
que es mar, y quita pecados  
del mar de nuevas desdichas!  
Serranos, vamos a verla,  
darémosla una mosica,  
con que la regocijemos,  
en fe que nos regocija.  
Remozado se han los valles,  
por más que el calor marchita  
la frescura de sus ramas,  
ya por setiembre amarillas.

Los arroyos juguetones  
mostrando, por dientes, guijas,  
entre labios de verbena,  
dan carcajadas de risa.

Los pájaros, componiendo  
motetes y ensaladillas,  
cantan, siendo el ruiseñor  
su maese de capilla.

Todo el mundo está de güelga,  
mas ¿qué mucho, si es María  
la que la tristeza humana  
nos convierte en alegría?

Sus Padres están con ella.

¡A la he, vieja divina,  
que habés dado fruta hermosa,  
sazonada, aunque tardía!

Va un borrego de ocho meses  
Ana noble, que al parilla  
no os dolió nada, ¿es verdá?,  
no, mas poco os dolería.

Nacida, o postema, llaman,  
cuando nace alguna hija,  
pero la que vos parís

de Adán sana las nacidas.

¿Hay más garrida mochacha,

desde Vizcaya a la China?

¡No, pardiez, verá qué branca,

qué colorada, qué linda!

La gracia vos da ell afeite

de la Paloma enfenita,

mijor que no el solimán

que tantas máscaras pringa.

¡Qué lindos ojos tenéis!

¡A la he, que me reguilan

las carnes cuando los veo,

que, enamorando, me admiran!

Amapolas sobre leche

semejan vuestas mejillas;

vuestos pechos, naterones,

como vuestos labios guindas.

Mi bien, guardad no os aojen;

mas no harán, la mi polida,

que vuesto Padre, nuesto amo,

cuando huistes concebida,

de azogue vos dio una cuenta,

que hué su gracia divina,

contra ell ojo del pecado,

del vos soldemente limpia.  
¡Que haya a quien de esto le pese,  
y por llevar su porfía  
adelante, mos reproche!  
Ya es más tema que doctrina.  
Que de mala gana diera la gracia,  
quien vos la quita,  
(si él fuera Dios) a su madre,  
pues con vos en puntos mira.  
Dígame tú, el regatón,  
¿aquesta prerrogativa,  
sácaslo tú de tu bolsa  
que tanto mos la escatimas?  
Pardiez, que eres hombre escaso,  
pues que la gracia limitas  
que Dios da con manos largas,  
y que parece avaricia.  
Al que es escaso, rapaces,  
corredle, dándole grita,  
y cantad: ¡viva la Reina,  
sin pecado concebida!

Leyó el segundo su romance que no agradó menos y fue éste:

ain; Ah, del monte, ganaderos/ain,

serranos los de Judá,

a la casa de Joaquín,

que nuesa ama parió ya!

Venid, que aunque montañeses,

desde agora vale más

que brocados de tres fondos

nueso rústico sayal.

Porque ya salió la tela,

siendo nuesa Ana el telar

que tejió el viejo Joaquín,

sin urdiembre original.

Diz que se ha de vestir de ella,

uno de la Trenidá,

que a un tiempo ha de ser Pastor,

Rey y Papa, otro que tal.

Aquí está nuesa parida;

¡buena vieja, levantad,

que quien ha parido al bien,

no es razón que sienta el mal!

Comed torrijas, señora,  
que María pondrá el pan,  
cuando el cielo siembra en ella  
aquel grano candeal.

Y si han de empaparse en huevos  
un huevo fresco os dará  
aquella branca Paloma,  
que en vuesa hija ha de anidar.

Su amor divino es la yema,  
la clara, la claridad  
de su luz, porque mos dicen  
que hecho un huego ha de bajar.

No tien cáscara nenguna  
que en Dios no hay qué desechar;  
todo es meollo, pardiobre;  
ved, Ana, cómo os sabrá.

Porque mijor se sazonen,  
la Gracia ponga la sal,  
y la canela de encima,  
la encendida Caridá.

La miel tráigala el contento,  
pues, si va a decir verdá,  
no hay almíbar como un gusto,



no hay yeles, como un pesar.

Buenas torrijas son éstas;

comed, Ana, ¿qué aguardáis?,

que no se os caerán los dientes,

aunque tan dulces están.

¡Oh, qué linda checotilla!

¡A la mu, niña, verá!

Gorjeos y risa es toda,

mas no tien por qué llorar.

Al concebirla su Madre,

diz que la quijo picar

ell alacrán de la culpa,

mas mamóla ell alacrán.

Porque en aquel mismo instante,

viéndole el Reye llegar,

le dio tal pasagonzalo,

que le hizo rehurtir atrás.

Y como no la picó,

como a los otros de Adán,

no llora, que no la escuece,

y esto es la pura verdá.

Tamañuela de mi vida,

yo vo por un recental,

un tarro de natas lleno,

y una torta candeal.  
El recental branco todo,  
la leche como un cristal,  
y el pan limpio y sin neguilla,  
porque sé que en vos no la hay.  
Ni hubo mancha de pecado,  
ni neguilla original;  
a pagar de mis deseos,  
que la bienvenida os dan.

-Como no tuvo Christo, enamorado nuestro -dijo el devoto  
recitante-, cosa, fuera de las infinitas, que no fuese de María,  
pues para debérselas todas, no permitió causa eficiente de otro sexo  
en su humanidad purísima, supliendo en ella su virgínea sangre las  
veces varoniles, quiso también nuestro afecto que esta fiesta,  
siéndolo de su Madre, lo fuese juntamente del Hijo, y en fe de esto  
salió a ella con los dos disfraces misteriosos, el que le encubrió  
Dios hecho hombre y el que hombre y Dios le negó a los sentidos,  
permitiéndose sólo a los ojos lince de la Fe animosa. En alabanza,  
pues, de este amor sin paralelo, se pidió la glosa del cuarteto que  
se sigue, y aunque hubo algunas, sólo pareció digna de premio la

presente:

ainSi es vida al hombre la Forma/ain,  
cuando tú vives, y en ti  
Dios vive, eres Dios, que en sí  
el Pan es vida y transforma.

Glosa

Paradojas suspensivas  
te ofrece Dios encubierto,  
pues quiere que le recibas,  
en Él vivo, y en ti muerto;  
porque hombre mueras, Dios vivas,  
del pan, Dios, la inmensa Forma  
en sí te muda y transforma,  
y una cosa ya los dos,  
como él eres hombre y Dios,  
si es vida al hombre la Forma.  
Llegas al eterno Altar

del pan Christo, mas de suerte  
te vienes a mejorar,  
que se transforma y convierte  
el que come en el manjar.  
Muere lo mortal y así,  
uniéndote Dios en sí,  
por un modo peregrino,  
está en Él su ser Divino  
cuando tú vives, y en ti.  
¿Quién penetrará secretos,  
que al querubín ponen grima,  
si con amantes afetos,  
en Dios y en el hombre anima  
una forma, dos sujetos?  
No hay pasar su amor de aquí,  
pues no está menos en ti  
de su deidad satisfecho,  
la vez, que porque en tu pecho  
Dios vive, eres Dios, que en sí.  
Porque su fineza asombre,  
quiso, uniéndose los dos,  
casi en un ser y en un hombre,  
después de hacerse hombre Dios,

hacer Dios también al hombre.

Trazólo su amor de forma,  
que, oculto en la blanca Forma,  
transformándole en su ser,  
le dio, amoroso, a entender,  
que el pan es vida y transforma.

-La devoción de quien tomó por su cuenta todo lo lucido y  
cuantioso de esta justa -prosiguió el compañero- salió de madre al  
hijo suyo natural, como se ha dicho, sin eximirse del adoptivo, del  
proto evangelista, quiero decir, Juan, tan uno con los dos, que  
juzgó esta festividad los ofendía, si los separaba. A esta causa se  
pidió una canción real de a quince versos que, en cinco estancias  
ponderase las excelencias del regalado Vice Christo, en la filiación  
de su amorosa Madre, y llevóse el premio con todos los votos ésta,  
que ha de servir los postres al espiritual banquete de este día:

ainÁguila real, que en la grandeza suma/ain  
de las impíreas y supremas salas,  
subes de un vuelo, y llegas más arriba,  
préstame de tus plumas una pluma,

porque me alienten alas de tus alas,  
y pues de Dios escribes, de ti escriba.  
Tú que el laurel y oliva  
tejes, porque la paz y la vitoria  
te den triunfante gloria,  
donde el deleite reina y el mal calma,  
sé mi Talía, tú mis labios mueve,  
para que cante y pruebe,  
que a Dios estás gozando en cuerpo y alma,  
pues águila que a Dios encumbra el vuelo,  
mal pudiera tener nido en el suelo.  
Tú que, de pescador Apóstol hecho,  
pescaste del amor el mejor lance  
(que amor también se pesca, si se caza)  
tú, que te echaste a pechos aquel pecho,  
a quien, en parte, diste augusto alcance,  
cuando en su cuello su tusón te enlaza,  
en aquella ciudad que el muro y plaza  
amor fabrica del metal opimo  
que pintan tus proféticos pinceles,  
en almas y en papeles,  
a donde el Rey es Dios y Dios tu primo,  
tu juventud cual águila remozas

y a Dios en cuerpo, como en alma, gozas.  
Diote su pecho Dios, diote a María,  
dejando tus deseos puros, llenos;  
no tuvo más que dar, que más te diera,  
pues ¿quien lo más te dio, no te daría,  
evangelista virgen, lo que es menos,  
subiendo en cuerpo a su imperiosa esfera?;  
¿quién es el que no advierte y considera  
(¡oh, blanco de su amor, Juan soberano!)  
que era del cielo digno  
cuerpo que tuvo tanto de divino  
y tan poco de humano, siendo humano?  
Pues, cabeza a quien Dios sirvió de almohada,  
no es bien que en tierra duerma reclinada.  
Tú eres águila en vuelo, vista y nombre,  
¿qué mucho, pues, que en alma y cuerpo vueles  
al nido eterno, que te ofrece amparo?  
Los tres evangelistas, de Dios hombre  
escribieron, honrando sus pinceles,  
tú desde el In principio al Verbum caro.  
Pues, quien lo más obscuro escribió claro,  
¿es mucho suba más, y que presuma  
que, elevando del cuerpo los despojos,  
merezcan ver sus ojos

lo que escribió su delicada pluma?;  
y que mano que a Dios retrató humano,  
¿la suba al cielo y Dios le dé la mano?  
Dos hijos tuvo la virgínea Reina,  
Christo fue natural, Juan adoptivo,  
y amólos como a hijos tiernamente.  
Pues si en el cielo el mayorazgo reina,  
Madre que, con amor tan excesivo  
amó al menor, por virgen y obediente,  
¿quién duda que a su hermano omnipotente  
pida que con él muestre su clemencia?;  
y pues hereda su triunfante palma,  
comience en cuerpo y alma,  
a gozar desde luego Juan su herencia,  
porque su Madre, en reales regocijos,  
en cuerpo y alma goce a sus dos Hijos.

Músicas de todos géneros dieron fin al efímero entretenimiento  
y, entre aplausos generales, honrosas gracias a sus autores.  
Convidólos de parte de su sucesor el sazonado don Francisco para el  
último festejo, a la generosa Huerta del Duque, al Prado, facilitada  
ya la permisión de su alcalde, y despidióse el concurso, tan  
acreedores sus deseos de estas esperanzas que conjuraban a la noche



se desapareciese instantánea para ejecutarlas de remate.

Certamen poético

Tirso de Molina

---

Súmese como [voluntario](#) o [donante](#) , para promover el crecimiento y la difusión de la [Biblioteca Virtual Universal](#).

Si se advierte algún tipo de error, o desea realizar alguna sugerencia le solicitamos visite el siguiente [enlace](#).

